

RELIGIÓN POLITICA

El Conquistador

SEMANARIO TRADICIONAL

LITERATURA CIENCIAS

J.M. REBOLLO 1915

Noche memorable

Lo fué, por muchas razones aquella que aún brilla, en el cielo de la historia de la humanidad, con claridades más radiantes que las del sol. La noche en que vió satisfechos Jesús los anhelos vehementes de celebrar la Pascua, con sus discípulos, antes de entregarse a los hijos de las tinieblas, para consumir la obra de la redención universal. La noche en que sentado el Salvador, a la mesa, con sus discípulos, descubre la pérfida traición de Judas y las reiteradas muy próximas negaciones de Pedro: La noche en que, desbordándose la infinita caridad del Corazón amantísimo de Cristo Jesús, halló medio de quedarse con los hombres, hasta la consumación de los siglos, sin dejar por esto de ofrecerse a la justicia de su Eterno Padre, como Hostia Pacífica, para la salvación del mundo. La noche en que ratificó su pacto solemne con la justicia del cielo, para que, desde entonces, pueda decirse con absoluta propiedad que se han dado el ósculo de amor la justicia y la paz: *justitia et pax osculatae sunt*. La noche en que firmó y rubricó el Salvador su augustó testamento, sus últimas soberanas voluntades, con el sello rojo de su sangre inmaculada, para después retirarse al huerto de los olivos y comenzar, desde allí, la jornada de afrentas y amargas incomparables que había de terminar en la cumbre del monte de la mirra.

Es mi ánimo llamar la atención de mis cristianos lectores sobre la significación altísima del testamento de Jesús que encuentro admirablemente indicado en aquellas soberanas palabras que pronuncia en los momentos más solemnes de aquella noche inolvidable: *Un nuevo mandamiento os doy; que os améis unos a otros, como yo os he amado*. Y llama nuevo al mandamiento que compendia to-

da su obra salvadora y ha de ser el espíritu vivificante que ha de dar vida a la sociedad de los vivientes que Él deja establecida entre los hombres. Y aún, después de veinte siglos, continúa siendo nuevo este mandamiento augusto no comprendido y menos obedecido por los hombres y los pueblos que no quie-

donosa manera de compadecer al demonio la eximia Doctora de Avila, Santa Teresa de Jesús, cuando dice de él: ¡pobrecito, no puede amar! Cuando las furiosas acometidas del odio han inundado al mundo de sangre, y llevado el terror y el espanto a todos los corazones, conviene levantar la voz como trom-

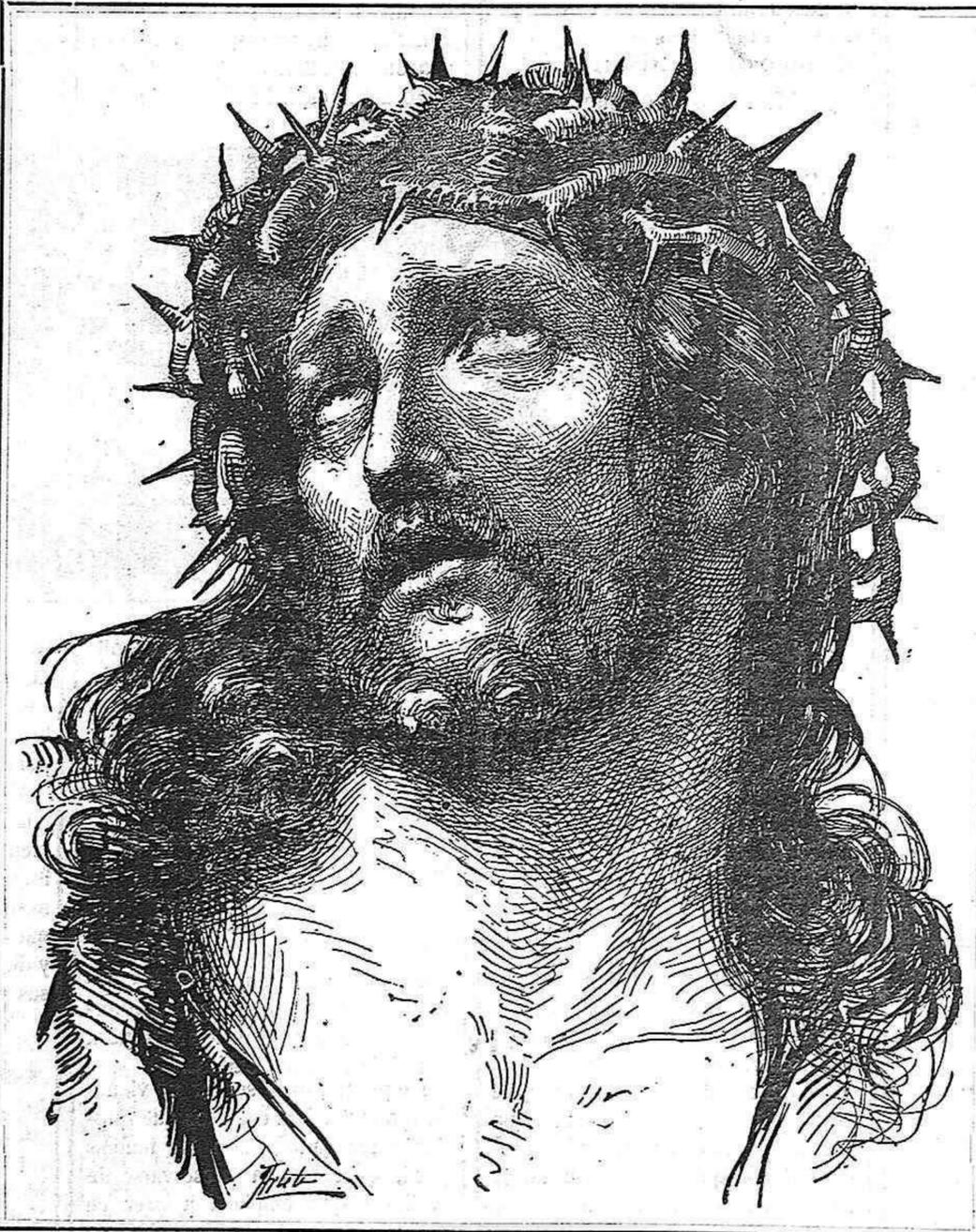
dar que nuestro mútuo amor ha de llegar hasta el sacrificio.

Refiere Xenofonte que habiendo caído en poder de Ciro, Tegrán, rey de los armenios con su esposa; y como preguntase Ciro al rey prisionero por cuánto estaba dispuesto a redimir a su esposa, aquél noble cautivo exclamó: daré por ella mi vida. Ante esta nobilísima respuesta, Ciro decretó la libertad de los dos. Ya libres, pregunta Tegrán a su esposa si sentía que su corazón se inclinaba agradecido a Ciro, y ella contestó: no pongo mis ojos ni mi corazón en Ciro, sino en aquél que ha dicho que estaba dispuesto a redimirme con su sangre. ¡Qué hermosa lección, para el cristiano!

Jesu-Cristo cae, bajo el poder de la iniquidad y de las tinieblas. Con él es también prisionera su esposa la Iglesia. Y sin que fuera interrogado acerca del precio de redención de la misma. Él rescata a su amada, al precio infinito de su sangre generosa, confirmando, de esta manera, la ley de amor que momentos antes ha promulgado solemnemente, en el cenáculo, en aquella primera augusta asamblea de la Iglesia naciente. ¿Quién que tenga corazón y sienta lo que es la nobleza del alma, pondrá ya sus ojos en Ciro, separándose de Aquél que le ha redimido, al precio de su sangre? No parece que haya alguien que no se crea obligado, como la esposa del rey armenio, a poner sus ojos y su corazón en quien le redimió, con su vida. No hay, ciertamente, amor más grande que el de Aquel que dió su vida por sus amigos; y este es el término de comparación del amor conque estamos obligados a amarnos los unos a los otros, si hemos de obedecer al Legislador Augusto que, en los más solemnes instantes de su vida de dolor, exclamaba: *Un nuevo mandamiento os doy, que os améis unos a otros, como yo os he amado*.

¿Cuándo aprenderán los hombres y los pueblos a ser cristianos? ¿Cuándo se convencerán de que no pueden serlo odiando? ¿Cuándo saldaremos la auróra de un nuevo día, en que, deponiendo odios y rencos, aprendan a amar, cómo Jesús nos amó?

Agustín Caveró.



ren perder el nombre de cristianos.

En estos días de universal desolación ocasionada por el empuje avasallador de las humanas pasiones. En esta época en que los hombres parece que tienen empeño en asemejarse a los demonios, a lo menos, en la desgracia de no saber amar; pues bien conocida es la

péta y hacer que recorra el mundo, sobre las alas de los vientos, la augusta palabra de Cristo que repite hoy, como ayer, y dirá mañana: *Un nuevo mandamiento os doy; que os améis unos a otros, como yo os he amado*. Y si el término de comparación de nuestra caridad ha de ser el amor de Jesús, no hemos de olvi-

El ciego de la guitarra

A la puerta de una alegre y pintoresca barraca de la vega de Orihuela, sentado un ciego se halla, oprimiendo entre sus brazos la destemplada guitarra, mientras a sus pies reposa un viejo perro de lanas que al pobre ciego le guía há tiempo de casa en casa.

Ese ciego que sentado está junto a la barraca es el pobre limosnero tan conocido en mi Patria; y a trueque de... cualquier cosa el buen ciego toca y canta.

Mientras él pulsa las cuerdas y las clavijas encaja para conseguir tener en buen tono la guitarra, los muchachos le rodean esperando la tonada, y a los chicos hacen coro las mujeres de la casa.

Después se acercan los hombres con los mozos de labranza, y las vecinas piadosas con sus hijos nunca faltan.

Cuando el cristiano auditorio espera con vivas ansias la sentimental historia de aquellas penas amargas que padeció Jesucristo para redimir las almas, entonces, el pobre ciego mira al cielo... y no vé nada con los ojos corporales, porque los perdió en la infancia, pero vélo que desea con los ojos de su alma; y sin dejar de mirar con fé viva a la morada eterna donde reside el Salvador de las almas, así canta mientras toca acordes en la guitarra:

«Jueves santo. ¡Qué dolor!»
«Cristo en el huerto se halla»
«postrado en tierra y orando»
«llena de tristeza el alma.»

Y con este triste acento de la rítmica tonada la Pasión de Jesucristo el buen ciego se relata, al acorde siempre grato de la harmónica guitarra.

Mas cuando llega a cantar con voz débil y cansada el encuentro doloroso de la Virgen sacrosanta con el Hijo que fallece bajo la cruz tan pesada..., al ver llorar a la Madre siente el ciego en la garganta dificultad tan sensible para seguir la tonada que al cantar... lanza sollozos y quejidos la guitarra.

Y es de notar que los chicos, al ver que el ciego no canta, porque solloza apenado por el dolor que le embarga, vuelven el rostro a sus padres... a los mozos de labranza y a las vecinas piadosas...,

y como en todos las lágrimas brotan de sus blandos ojos por la Virgen apenada...; ellos... que son inocentes, también lloran... ¡tiernas almas! para calmar el dolor de la Virgen sacrosanta.

Termina el ciego su canto, y la dueña de la casa le dá al pobre la limosna propia de Semana santa.

Agradecido el buen ciego pronuncia el solemne «gracias.»

Y cuando tiene segura junto al pecho la guitarra, recoge con la derecha la muy provechosa «tana», y tomando con la otra la cuerda que lleva atada al cinturón, porque nunca se fugue el perro de lanas, después de decir «a Dios», el pobre ciego se marcha precedido de su guía hasta llegar a otra casa.

¡Pobre ciego! Yo te admiro porque tu misión cristiana es dar vista a muchos ciegos que lo son sólo del alma.

Y porque yo con las obras hago buenas mis palabras este romance dedico al ciego de la guitarra.

José Lorenzo Rodríguez, Pbro.

da incongruencia de la fantasía en libertad, al ver desfilar a Montero a la cabeza de sus huestes, bajo su casco refulgente empenachado de plumas policromas, echado atrás el manto que deja al descubierto la rutilante armadura, me imagino que no es él, sino el centurión Flavio Netiro, que al frente de la legión sexta acude, de órden de Pilatos, a sofocar un movimiento galonita, y le veo paseando sus ballestas y sus lanzas desde Saab a Tiberiades... Y mas tarde, sofocada ya la sedición, entrar una mañana templada y apacible en Magdala, al son de trompetas y atabales, tremolando en sus estandartes y en sus escudos aquellas emblemáticas letras S. P. Q. R. que, merced a una epigrafía acomodaticia, interpretábalas cierto fedatario humorista, de esta guisa: «Sácalos Pronto Querido Ramón...» —aludiendo a sus armados legionarios.—

Y sugestionado por la evocación, créome en Magdala, en aquella época, y allí contemplo a la magdalena pecadora, recién salida del baño de jazmín, fresca y perfumada, calzando áureas sandalias y ataviada con la túnica de tres soles, regalo de un prócónsul de Africa...

Torno en espíritu a Jerusalén.

Al recordar estos sublimes momentos, se me aparece, cual visión dantesca, la figura de Judas; la más repulsiva, la más odiosa de todas las de la Pasión; y pienso, que a través de los siglos y en medio de los esplendores de la vida, siempre en germinación hállase escondida de Judas la semilla condenada, y fuera de mí exclamo:

—¡No! Judas no ha muerto... Judas perdura... Judas vive.

¿Quién es?... ¿Dónde está?... En todas partes.

Judas es el llamado «amigo» que «nos vende» y en su provecho la amistad explota....

El que envidia nuestros éxitos, nuestra posición, nuestro sosiego material...

El que nos calumnia y nos injuria a la espalda, cuando se considera impune... El que nos vilipendia...

Judas no nos abandona. Jamás se separa de nuestro lado. Camina junto a nosotros—como ¡el otro! caminara al lado de Jesús, del Divino Maestro—para escarnecernos, para humillarnos, para vendernos artera y solapadamente.

Pero Judas está también «dentro de nosotros»...

Con su aceda y venenosa levadura de oprobio, se amasan nues-



El eterno Judas

En estos días de la «Semana de las *gerofágias*»— como San Epifanio llamó en sus escritos a la «Mayor» o «Santa», mis potencias y sentidos, influenciadas por el «medio» que aquí nos rodea, se autosugestionan de tal suerte, que me considero transportado a aquellos lugares santos y veo desfilar ante mí en laberíntico conglomerado, todo el producto de mis lecturas, de mis recuerdos, de mi piedad, de mi fé acrisolada, que adquieren relieve y forma, haciéndome «vivir» aquellas escenas de la Pasión y todos aquellos momentos que la precedieron.

Rememoro, en primer lugar, la solemne y triunfal entrada de Jesús en Jerusalén, entre palmas, flores, vestiduras que se tienden a su paso, aclamaciones y gritos jubilosos de ¡Hosanna!....

Inmediatamente, sin el menor nexo cronológico y con esa disparata-

El Sol se ha puesto... Por el monte de los Ajusticiados desciende, de vuelta a la ciudad, una muchedumbre que horas antes subió curiosa y ávida de emociones a presenciar el cumplimiento de unas sentencias de muerte...

Allá, en lo alto de la loma, tres o cuatro legionarios se juegan a los dados unas vestiduras, en tanto que custodian las tres cruces... Un poco más abajo, unos enviados del Sanhedrin, con sus túnicas verdes, seguidos de tabularios, aguardan impacientes la muerte de los reos, para dar fé de ella ante Caifás...

De pronto, oigo soplar un viento de tormenta. Los curiosos que quedaron rezagados, con las túnicas por la cabeza para preservarse de la lluvia que empieza a caer en gruesas gotas de tempestad, descienden, corriendo... En el cielo, fulgor de relámpagos y fragor de truenos, en tanto que en la tierra tiemblan las montañas y los hombres... La profecía va a cumplirse tal y como Dionisio la dijo a los atenienses un día de arcópago.

tros groseros apetitos, nuestras bajas pasiones, toda la carroña de los siete pecados que nos torna soberbios, avaros, envidiosos, impúdicos, iracundos, glotones, perezosos...

Y pienso, que si Dios murió en una cruz, por redimir al Hombre, bien pudiera el Hombre sino fuera ingrato, *ahorcar* del árbol de esa misma Cruz a «su Judas interno» al que llevamos dentro de nosotros, y después abrazarse a ella y llorar sus pecados...

José María Senén.

Eccc Rex

¡Oh Cristo! en esa cabeza
De roja sangre bañada
Y de espinas coronada
Miro escrita tu realeza.

¡Ah! muy grande es tu pureza;
Cierta tu estirpe divina;
Cuando con rabia canina
La pasión vil y rastrera
Viéndote de esa manera
Por temerte te asesina.

Adolfo Clavarana

Stabat Mater

Un Monte: una Cruz: una Plebe: un Hijo y una Madre. ¡Este es el cuadro!!

Un Monte: con sus criptas y silos, oquedades y olor de sus matorrales. Una Cruz: formada de grueso tronco, con sus nudos y asperezas. Una plebe: sierva y maldita. Un Hijo: santo, divino. Una Madre: sin mancha y sin pecado. ¡Elementos de la tragedia!!

Un Monte: con su base dura... como el corazón del impio; con su cumbre elevada... como la aspiración proterva del soberbio. Una cruz: inmoble... Como la verdad; firme... como el deber; con sus brazos extendidos... como el amor sin término. Una Plebe: que agita su cabeza... y no llora; se admira y no se convierte. Un Hijo: que derrama hasta la última gota de la sangre de sus venas. Una Madre: que en el vértigo sublime de su amor grande... ahoga en su pecho... el dolor intenso que consume... y la pena que lentamente aniquila... ¡Y, nada más!... nada más!!...

La Cruz, bendita enseña de nuestra redención... allá arriba... muy alta, muy alta... El Pueblo deicida pidiendo la sangre del Justo... allá abajo, muy bajo. La justicia en lo alto: el crimen y la iniquidad en lo profundo: el relámpago con su luz mortecina iluminando el cuadro: y sobre toda pena y sobre toda tortura, el dolor inmenso de la bendita Madre, que al pie del leño, intrépida permanece: sin desmayar, sin desfallecer... su mirada fija en la cabeza del *Mártir* que muere: y su corazón por cima del piélago insondable, del sufrir sin lenitivo; del padecer sin vallas; del dolor que viene, que se acerca, que se agolpa, que estalla en fin... en la lágrima ardiente que resbala por su mejilla...!!!

Stabat Mater Dolorosa Justa Crucem lacrymosa.

Sobre éstos sombríos tonos, se destaca una nota de consuelo... Jesús, al morir le entrega a María, a Juan por hijo. ¡Consuelo comparable con la misma pena!

¡Con qué justicia describe el Maestro Fray Luis de Granada este momento pasionario! «¿Como os habéis de consolar, si antes bien se renueva vuestro dolor, porque con la comparación, del que os dan, conocéis más claramente la estimación del que os quitan?»

Murcia 13-IV-916.

JULIO LÓPEZ

Deán de la S. I. Catedral de Cartagena en Murcia.

AMOR Y ODIO Derecho y Fuerza

Si consideramos los cristianos las elocuentes enseñanzas que la Iglesia católica nos ofrece en la presente Semana Mayor del año, confirmase nuestra fé y resplandece la bondad sobrenatural de nuestra religión.

Apliquemos nuestra atención a uno de los innumerables aspectos del amor cristiano.

La salvadora revolución social que produjeron en el mundo las doctrinas de Cristo-Jesús, bien puede decirse que están reducidas a la del amor impuesto a sus fieles. Ordena nuestro Redentor textualmente: «*Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que*

Tal precepto fundamental de la ley divina positiva no fué más que una confirmación de la ley divina natural impresa por la mano del Creador en toda las criaturas humanas. Todas las legislaciones humanas transparentan esa ley sublime del amor, necesaria para la existencia del orden social.

En la razón escrita, como suele llamarse al derecho romano, tomando los principios consignados por los jurisconsultos de antes de la Cruz, se establecen los tres preceptos siguientes esencialmente cristianos: *Honeste vivere, alterum non laedere, jus suum cuique tribuere*. Vivir honestamente, no hacer daño a otro, dar a cada uno lo suyo.

Con el precepto prohibitivo «no perjudicar al prójimo» se confirma el afirmativo «ama a tu semejante».



seáis hijos imitadores de nuestro Padre celestial.» He aquí uno de los principales preceptos divinos del sermón llamado de la Montaña, primero del Hijo de Dios en el que no solo expone su doctrina sino que la comenta con los más admirables comentarios.

La religión del Crucificado se reduce al amor. Al nacer los ángeles anuncian su venida y desean «la paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.» Al morir en la afrentosa cruz, intercede por sus verdugos diciendo: «Padre mio perdónalos.» y hasta trata de justificarlos al añadir «porque no saben lo que hacen.» Al aparecer por última vez a sus apóstoles, después de resucitado fueron sus últimas palabras «que en nombre suyo predicasen la penitencia y el perdón de los pecados a todas las naciones, empezando por Jerusalem», la deicida.

Están transcurriendo 1900 años de la vida terrenal del Hijo de Dios; pronto se cumplirá el centenario del jamás bien alabado sermón de la Montaña de las bienaventuranzas, en que manifestó por primera vez su doctrina redentora a la humanidad. la que confirmó con su sangre. Muchos más años han transcurrido desde que los jurisconsultos romanos reconocieron en sus sabias leyes el precepto de la ley natural de «no hacer daño al prójimo.» Cuentas revoluciones políticas han convisionado a la sociedad hasta la francesa en que parece inventarse la regla de derecho divino natural y positivo de la fraternidad, hermana de la libertad e igualdad humanas; todos presenciamos la lucha entre el individualismo y socialismo por la falta y para el cumplimiento de la ley divina del amor, del único precepto del

decálogo «Amarás al Señor, tu Dios, sobre todas las cosas y al prójimo como a tí mismo.»

Cuando se halla transecurriendo el 19° centenario de la vida del Redentor de la humanidad, ésta, en una guerra sin igual en sus anales, no ya europea, sino mundial, se desgarrá con una lucha más espantosa que de fieras, en que implacablemente se destruye y asesina. Se contempla que el odio entre las naciones no se circunscribe a los desgraciados pueblos beligerantes, sino que su furor satánico se extiende a los pueblos llamados neutrales, los que no se mueven en sus afectos por el anhelo de la paz, sino haciendo renacer sus odios ancestrales o deseando el triunfo de unas naciones sobre otras según las conveniencias económicas, su expansión territorial o cualquier otra excusa egoísta. Al considerar que de esta embriaguez de odio o dureza de sentimientos no se libra ninguna institución humana, llega a la razón la duda de si ha sido infructuoso el mandato y redención divinas del amor, de la paz y del perdón humanos.

Una sola excepción debe admirar la humanidad rebelde en este naufragio general de la caridad; una sola persona se destaca, sola, completamente sola, cual faro luminoso aislado en noche de espantosa lobreguez y de tormenta apocalíptica; una sola voz firme y varonil, única de amor, que clama en este desierto del odio y furor universal.

Es de la única institución divina establecida en la tierra; la del vicario del Dios hombre.

La palabra paz solo se atreve a pronunciarla el sucesor de San Pedro, de aquel pescador pobre, rudo, medroso, de Galilea, pero de un gran corazón.

Es tal el contraste de la virilidad de la protesta actual del Papado por la paz con el silencio de todos los demás poderes terrenales que sin duda alguna, los nombres venerandos de Pío X y Benedicto XV pasarán a la historia del género humano, con tal razgo de energía evangélica por la paz. con un nimbo de gloria superior a los de sus anteriores sostenedores de tal principio de amor, desde San León I, «El Grande», por su parlamento en Ravena con el feroz Atila.

Que al restaurarse la paz, se cumpla en la sociedad de un modo estable el precepto divino afirmativo del amor y perdón mutuos y se afiance en las leyes el prohibitivo de no hacer daño al prójimo.

Que al odio satánico sustituya pronto el amor divino; que al derecho brutal de la fuerza sustituya la fuerza del derecho racional.

PEDRO POURTAU MIRALLES

A María al pié de la Cruz

¿Porqué Dios ha permitido,
Siendo como eres tan buena,
Que traspasase la pena
Tu bendito corazón,
Si yó, a pesar de mis culpas,
De tu boca apartaría,
Y a mis labios llevaría
El cáliz de la aflicción?

¿Porqué el angel compasivo
No vino a enjugar tu llanto
Y dejó que en aquel santo
Monte llegar a caer,
Cuando yo, menos piadoso,
Si enjugarlo no pudiera,
La vida gustoso diera
Por poderlo recoger?...

Mas si entonces no permite
Dios tus horribles tormentos,
¿Cómo nuestros sufrimientos
Hoy podrías apreciar?
Si tus maternales ojos
No hubiesen tristes llorado,
¿Cómo hubieras enjugado
De los nuestros el llorar?

¿Qué sabe el sol Madre mía
Cuanto la noche es de oscura
Si allá en la celeste altura
Se anega en su propia luz?
Ser Madre de Dios se puede
Oyendo angélico hosana,
Para serlo en cambio humana,
Hay que estar junto a la Cruz.

¿Quién no sufre, desconoce
De las tristezas la clave;
¿Quién de aflicciones no sabe
No puede compadecer;
Y el querer que la amargura
No comparte del amado,
Aun cuando sea el sagrado
De una madre, no es querer.

La sencilla madre selva
Reina del jardín ¿qué fuera
Si amorosa no esparciera
Su perfume embriagador?
Pues en la noche callada,
Cuando en lágrimas abunda
Porque el rocío la inunda,
Es cuando huele mejor.

Tú también, Madre amorosa
Cuajada toda de llanto,
Derramas mejor el santo
Perfume de tu piedad,
Que fué un tiempo la ambrosía
De Cristo crucificado
Y hoy es néctar vinculado
A toda la humanidad.

¡Oh! Bien sabes, Virgen santa,
Cuán confiado te ruega
El infeliz que a tí llega
Suplicando compasión,
Cuando en tus ojos, luceros
Celestiales y adorados
Por ningún sol eclipsados,
Vé el llanto de la aflicción.

Si solo el verte Oh Señora
Por nuestra culpa afligida,
A saborear convida
Del dolor la amarga hiel;
Las lágrimas mas acerbas
A tus piés ¡Oh Madre hermosa!
Contemplándote llorosa,
Se truecan gotas de miel.

Siento tu dolor ¡Oh Madre!
Pero mi dolor lo exige;
Sin la pena que te aflige,

No habría en tí compasión,
Ni miel el panal tendría,
Ni la madre selva olores,
Ni la aurora resplandores,
Ni cariño el corazón.

Antonio Romero Perpiñán.
PBRO.

Cómo fueron antes

MI pluma, enmohecida por el no uso y por haber caído en ella sinceras e intensas lágrimas derramadas por la muerte de mi buenisima y amantísima madre (q. d. D. g.) sirve unicamente para rasgar el papel, no

sar mi narración.

Sabido es que estos, han de buscarse en los libros de actas de la V. O. T. y las deficiencias de los mismos, la poca amplitud que se daba a la redacción de aquellas, las hace poco menos que inaprovechables.

Nos encontramos en la madrugada del viernes santo del año de 1775.

En la amplia plaza de Santiago, y frente a la Iglesia de este nombre, se apiña inmensa multitud, ávida de presenciar el acto religioso que va a celebrarse.

No busqueis en ella risas, algazara, conversaciones profanas: la

excelente caballero D. Fulano de Tal, mayordomo de Ntro. P. Jesús, que no se desdora en ataviarse con la clásica «vesta»: a sus lados, dos muchachos conducen las banderolas.

Largas filas de alumbrantes, en las que podeis ver al gremio de panaderos y horneros, preceden a la Imagen de la Verónica (la misma que figura hoy en las procesiones) y que se había comprado el año 1735, pagándose por ella, tres libras de seda fina y tres de redonda.

Observad que la multitud, se ha dividido en diversos grupos y en el centro de cada uno, explica las escenas que recuerdan la procesión, algun anciano venerable.

Ya aparece otra Imagen en la puerta de la Iglesia: es la de San Juan Evangelista (la misma que hoy figura en las procesiones, acompañada de la Imagen de la Dolores) que es conducida por los gremios de sastres, albañiles, carpinteros, alpargateros y zapateros.

¿Observais qué devoción? ¡Ni uno solo de los alumbrantes se permite la libertad de balbucir siquiera una palabral! Capacitados de la seriedad del acto, dan todos palmarias muestras de su acendrada religión.

¿Quiénes son esos «nazarenos» ataviados con «vestas» de seda que preceden a la «convocatoria»? son personas, «de la mayor distinción y nobleza de este pueblo.»

..... Ya llega al umbral, la Imagen de Ntro. P. Jesús: la multitud se postra en tierra y reza con reverencia y dolor.

Preceden y siguen a la benditísima Imagen, no pocos penitentes de ambos sexos; unos descalzos, otros con cruz sobre sus hombros.....

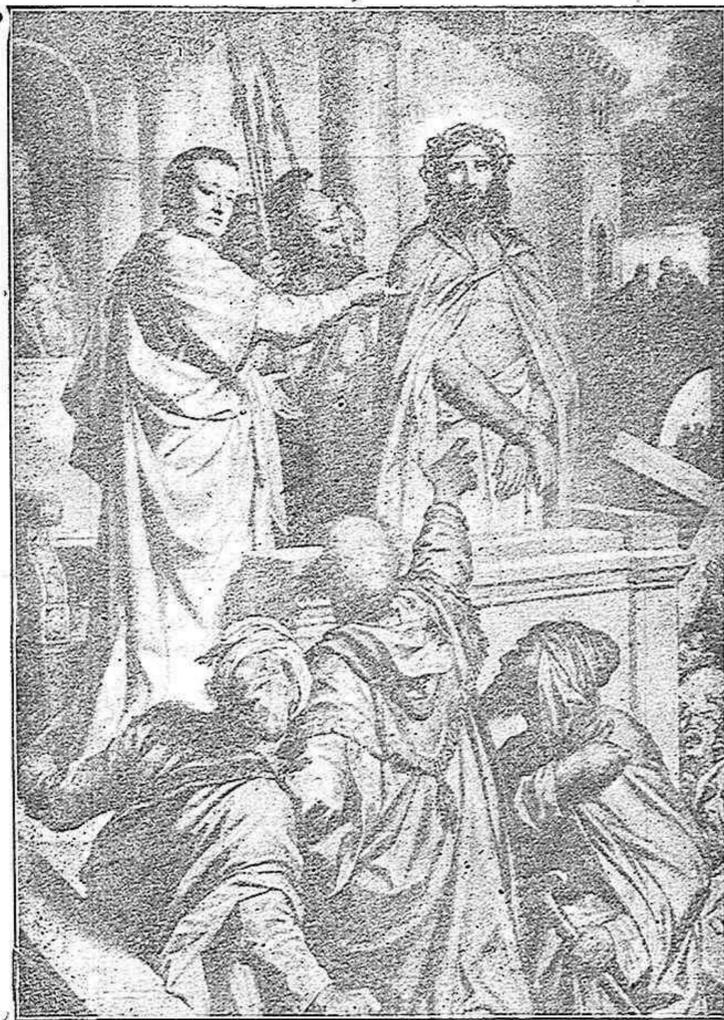
Sigue la Imagen del Santísimo Cristo de la Expiación y la Magdalena (que hoy también figura en las procesiones) y luego la Imagen de la Soledad (que es la misma que se venera en el altar de la derecha de Ntro. P. Jesús en la capilla de la V. O. T.)

Y ya ha terminado la procesión, la multitud silenciosa la sigue: recorre tras ella las calles de la población y llega a la capilla o ermita del Santo Sepulcro, para presenciar contrita, la ceremonia del descendimiento.

Lector: así fueron nuestras procesiones: quiera Dios que por introducir en las actuales mejoras de importancia, pueda aplicarse dentro de una centuria, el título con que rótulo estas líneas.

Ascensio Garcia Mercader

17 Abril. 1916.



para escribir nada, que encaje en el artístico cuadro que ofrecen las páginas de este semanario, exornadas con las literarias producciones de tan preclaros ingenios.

Apesar de ello ¿se quiere que mi insignificante firma, se honre alternando con las de estos?

Sí, me responden cariñosísimos amigos: sí y todavía exigimos más: queremos que tu trabajo lo encamines, a revivir el pasado, a presentar ante los lectores, la vision de lo que fueron nuestras procesiones de Semana Santa, en pretéritos años.

Y a ello voy, aun cuando no pueda cumplir el mandato, todo lo bien que mi voluntad desea no solo (y esto es lo principal) por carecer de condiciones para ello, sino también por falta de datos en qué ba-

compunción de los rostros, refleja los dolorosos sentimientos que la invaden.

Quiere presenciar la procesión, nó por satisfacer vanas curiosidades, si nó, para al paso de ésta, recordar las dolorosas y cruentas escenas, de la pasión del Dios-Hombre.

El perfume que exhalan las olorosas flores que engalanan los vergeles oriolanos, embalsama el ambiente: el cielo, se engalana, con manto de azul purísimo, recamado de rutilantes e innúmeras estrellas.

Abrense las puertas de la Iglesia y el silencio es mayor.

Ya está en la calle la «bocina»: sus estridentes sonos, congregan a los mas perezosos.

Mírad: lleva el estandarte, el

Amor....

Ingratitud....

Traición

ENTRE las sombras de aquel Huerto de los Olivos; oculto por el oscuro ramaje de aquellos árboles; arrodillado junto a un peñasco, que, piadoso, recoge el sudor y las lágrimas de sangre, que los hombres no comprenden, está el Justo.

El cielo se ennegrece, no queriendo presenciar los astros el espectáculo de un Dios que llora; los hombres le abandonan, temerosos de que aquella horrible agonía les alcance; la muerte y el dolor, acompañadas de la soledad más espantosa, se cernen como negra y tétrica ave sobre aquel Ser extraordinario que, con el alma traspasada de pena, pide al Padre aparte de sus labios el cáliz de amargura que le destina.

Entre las negruras del mismo Huerto de los olivos y ocultos por el espeso ramaje se hallan tendidos sobre la tierra y durmen descuidados tres hombres, que son puestos allí para que oren y vigilen.

El peligro se aproxima; el crimen está pronto a realizarse; ellos están advertidos... y duermen, sin que sea bastante la voz doliente del Salvador que les suplica le acompañen.

Cúbrese el cielo de negro manto, que oscurece sus luminarias; ocúltase, tras la cortina de negros nubarrones, la luna; porque no quieren presenciar aquella escena de inaudita ingratitud.

Cabe los pórticos del Templo se consuma el más criminal acto de traición que conocieron los siglos.

Entre las sombras de aquella tétrica noche brillan dos ojos felinos, que despiden raros fulgores al mirar el precio de su crimen: villes monedas de oro que han servido para entregar el más grande tesoro de la tierra.

En las profundas tinieblas queda sumida la naturaleza, para que no sufra trastorno al contemplar aquella entrega inaudita.

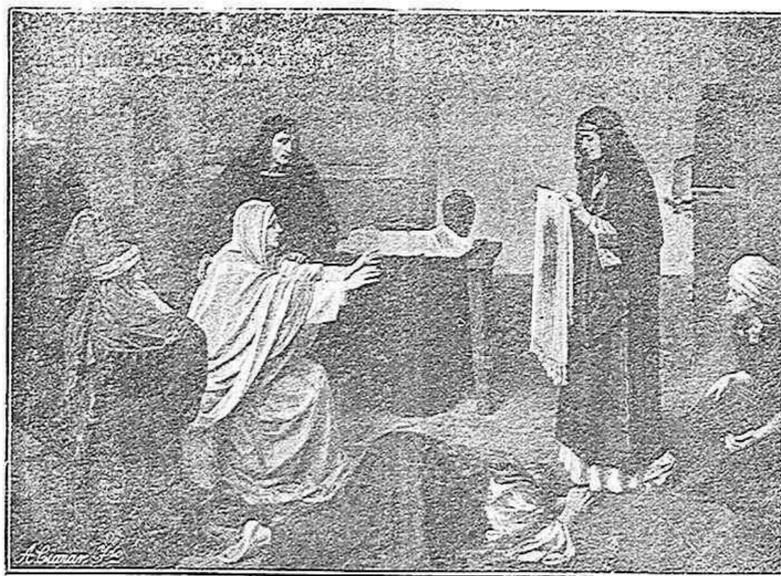
Pasan los años y los siglos. El libro de la Historia escribe en sus páginas epopeyas gloriosas y lúgubres y tristes hecatombes. Los hombres, al mirarse en el espejo del pasado, se asombran de lo que fueron, y no se

pasman de lo que serán para los que han de venir.

Pasaron los años y los siglos, y aquellas escenas del Huerto de los olivos: de dolores, de agonía y de ingratitudes monstruosas: aquella traición maldita de Judas, entregando por un puñado de oro lo que no cabía ni en el cielo ni en la tierra, las estamos viendo repetirse sin cesar en la vida actual.

El justo Dios, siempre vigilante, ora y llora por nosotros, por nuestros pecados: se ofrece diariamente como víctima para salvarnos. Los hombres, o duermen, ingratos, sin acompañar a su Salvador en el orar, o le hacen traición, entregándole villanamente por un puñado de miserable oro.

Rómulo Hevia, Pbro.



Procesiones y Recuerdos

¿Que tienen para nosotros las procesiones de Semana Santa de Orihuela que no tienen las de otras ciudades donde quizás se celebran con más esplendor?

Antes de contestar a esta pregunta hagamos un ligero análisis psicológico.

Tres clases de emociones experimentamos en esta Santa Semana.

Una religiosa, que es la principal y la que se propuso la Iglesia al instituir estas fiestas; otra artística, complementaria de la primera, evocada por las solemnidades del culto y la belleza de las imágenes; y una tercera, accidental, despertada por recuerdos y reminiscencias de pasadas épocas.

Esta tercera, que los oriolanos solo experimentamos en Orihuela, como los toledanos en Toledo y los sevillanos en Sevilla, es la que echamos de menos cuando pasamos estos días ausentes de la patria chica.

Las impresiones, trocadas en recuerdos, se gravan y conservan en

el cerebro a la manera que los volúmenes de una biblioteca se conservan en sus estantes; no hacinados en confuso montón sino ordenados y clasificados por asuntos, por épocas, o atendiendo a cual quier otra circunstancia.

Véase en las bibliotecas un estante con el rótulo de, Filosofía; otro con el de, Literatura; un tercero con el de, Historia, etc.; pues bien, si tuviéramos medios para ello, encontraríamos un rincón de nuestro cerebro donde por igual motivo podría colocarse un rótulo, que digera, Semana Santa. En este estante vivo es donde se conservan las impresiones que recibió nuestro espíritu durante esta época del año.

Cuando llega, al percibir nuestros sentidos impresiones similares,

se conmueven y vibran las almacenadas de antiguo a la manera como se mueven los tomos de un estante al colocar en ellos nuevos volúmenes.

Y como entre estos los hay de asunto alegre y placentero y de asunto melancólico y patético, de la suma de todos ellos resulta esa emoción confusa, vaga mezcla de estas opuestas y antagónicas sensaciones.

Por ejemplo; la procesión que organizada por la Hermandad del Pilar sale de la ermita de la Santa Cruz, trae a mi memoria una que en otro tiempo saliendo de la misma ermita conducía a la iglesia de Santo Domingo las imágenes de Ntra. Sra. de los Dolores y el Nazareno, en la cual formaba un viejecillo revestido con negra túnica que llevando un cepo en la mano derecha y una linternilla en la izquierda iba diciendo con acento lastimero. «Para hacer bien y celebrar misas por los que están en pecado mortal».

El eco de aquella voz, que conservo fresco en la memoria, producía en mi espíritu infantil un terror indescriptible que me hacía sobrecoger de espanto y oprimir nerviosamente la mano de mi acompañante.

He aquí eslabonados y enlazados el recuerdo de la procesión con el del viejecillo de la linterna, y el de este con el del ser querido cuya mano yo estrechaba y que hace tiempo perdí.

Por esta misma asociación de recuerdos, las sencillas marchas que delante de los pasos ejecutan cuatro músicos tienen para nosotros más encantos que las grandiosas marchas Wagnerianas; y los judíos y sayones de nuestras procesiones nos parecen más sayones y más judíos que los de otras ciudades; y las imágenes de Cristo y de los santos más reverentes y expresivas que ningunas otras.

Y sobre todo, por eso, cada vez que se habla de introducir reformas y modificaciones en lo esencial de nuestras procesiones de Semana Santa, los que ya guardamos varios tomos en la biblioteca cerebral, experimentamos el sentimiento de algo íntimo que fuéramos a perder para siempre.

José Clavarana.

Yo moriré por ellos..!

Y atravesando por entre las turbas desenfrenadas, llegó la Madre a la calle de Amargura, para ver con sus propios ojos la faz divina del Hijo de sus entrañas y oír con sus oídos el clamor y desenfreno del pueblo de Israel.

Míranse los ojos; enmudecen las lenguas; y los corazones reventan y hablan el lenguaje del amor y de la compasión.

¡Repara que son hijos míos! dice la Madre al Hijo. Ellos ciegos y obstinados te ruegan por su Dios y Redentor. La ingratitud y la dureza de su corazón de bronce les arrastra, a cometer con tu sagrada persona todo género de maldades. Han puesto sobre tus hombros la cruz de la ignominia; azotaron tus divinales miembros con crueles y carniceros azotes; coronaron tu augusta frente con diadema de espinas, que abren las carnes y hacen sangrar la delicada cabeza, penetrando hasta el cerebro, taladrando las pupilas de tus divinos ojos. ¡Amarga realidad!; y mi corazón de Madre de Dios y Madre de los hombres advina aún amarguras más crueles.

Pero tú, que eres su Dios y tienes corazón de fuego, sentirás compasión de tan obstinada ceguera; y de tus purísimos labios brotarán ríos de perdón y de misericordia... ¡Vamos, Hijo mío; vamos a la cumbre del monte santo!

Así dijo la Madre, y la ternura de sus palabras clavóse en el corazón del Hijo, cual agudísima flecha de encendido amor.

Y cuando la naturaleza, acompañando el dolor de la Madre y las angustias de muerte del Hijo, se cuarteó, mostrando el profundo de sus senos; y cuando saltaron las losas de los sepulcros y el velo del templo se rasgó; y cuando los hombres secos y olulados corrían llenos de pavor y espanto, y rasgaban con sus propias manos sus corazones para que llorasen lágrimas de sangre; y cuando las estrellas cayeron de su tálamo de púrpura, y la luna oscureció su blanca luz y el sol sepultó su resplandor en un mar de sangre, y en la penumbra de las tinieblas se vieron atravesar en danza macabra los imperios prevaricadores, los altares destrozados, las coronas de la realeza prostituida, la humanidad toda, trocada en verdugo de su misma maldad, todavía dominaba la soledad del Calvario la voz de la Madre, que, como expresión de la última plegaria del amor, decía al Hijo: ¡Repara que son hijos míos y hermanos tuyos!; y el eco de su palabra encendió una hoguera de amor en el Divino Corazón, el cual enclavado en la Cruz y próximo ya a expirar respondía a las súplicas de la Madre:

¡Yó... moriré por ellos ...!
Federico Picó, Pbro.

La Agonia

El sol rojo e hinchado de ira, consiguió por fin romper el velo de la noche y en un abrazo de fecundidad iluminó la tierra, produciendo en su éxtasis de amor el día de Abril más hermoso de la Primavera.

Todo en la noche fué bullicio. Mientras el reposo inefable de los Monumentos consagraba a Dios Muerto horas de meditación beatífica, en el bullir constante de las calles oscuras se consagraban al Dios Vivo horas de alegría y de regocijo.

En la madrugada, la ciudad invadida de nazarenos, armados, ruidos y huertanos parecía una oriental de los tiempos de Tiberio.

En una casa del pueblo, la Intrusa esperaba impaciente, la mas bella muger que pudo admirarse.

La fiebre lenta y constante había consumido, a un tiempo, el escaso peculio de aquella familia, la paciencia de una madre, y las carnes hermosas y juveniles de aquella virgen delicada que esperaba, sin aliento, horas de paz eterna.

La procesión pasaba. Nimbo de luz de la aurora iluminaba como en los cuadros de Rembrant las imágenes de Cristo en sus diferentes situaciones de la Amargura.

La madre lloraba.

La hija callaba.

Cristo en la Cruz, retorcido de dolor, iba en hombros de huertanos mozos y forzudos. Para un descanso, el Paso quedó parado ante el balcón de aquella casa en donde la Vida luchaba con la Muerte.

La madre lloró y dijo.—¡Dios mio!

La hija dulcemente, con voz ultratelúrica dijo.— ¡Madre no llores. Cristo no lloraba!

Y la Madre dijo, sollozante, entre ahogos del alma.

—Pero, Cristo moría, y además era Dios!

Y la madre siguió llorando, mientras la hija entraba dulcemente en la agonía.

J. Martínez Arenas.
ABOGADO

Escribas y Fariseos

HIPOCRESIA...!
El mundo andaba en los tiempos de Jesús.

La Ley divina en su primitivo estado, integrada por la Mosáica y las proféticas revelaciones de los varones santos de los tiempos bíblicos, tenía su interpretación suprema en los juicios de los hombres sabios del tiempo, que llamaban Escribas.

Eran tiempos de relajación espiritual, de apego vergonzoso a los vicios sociales.

Aquellos hombres encargados de interpretar la Ley, eran la hipocresía viviente.

Pertenecían a la secta filosófica de los fariseos, que llegaba en su afectación hipócrita de Santidad Superior, a influir de manera decisiva en las muchedumbres, y siendo suya la hegemonía en los juicios de los Escribas, se daba la abyección más nauseabunda conocida, que llamariamos hoy, «la no ecuación entre la palabra y el acto.»

Porque con la vehemencia del convencido sostenían los principios exclusivistas en la explicación de la Ley: el modo de interpretación restrictivo que usaban al explicar los preceptos legales, llegaba a su más alto grado; cerraban con hermetico y férreo círculo los principios sustentados, imposibilitando toda idea nueva, y para conseguir el estancamiento de sus predicaciones, decían a sus discípulos que aquellos habían de quedar como en «cisterna cubierta de cemento, que no deja escapar una sola gota de agua.»

Y la no ecuación se daba, en no ajustar, deliberadamente, sus actos a sus predicaciones, pero se conservaba hipócritamente el predicamento entre las muchedumbres, que era la aspiración.

Tal sistema contrastaba con las doctrinas de Jesús que rompían la cadena exclusivista y operaban la revolución de la filosofía antigua, con aquella doctrina dúctil, espiritualista, henchida de idealismo.

¿Era mala la Ley farisáica? Quizá nó; quizá en sus principios fuera semejante a la predicada por Jesús, pero sin ser practicada por los mismos doctores que la exponían, sin vivificarla con el ejemplo, predicada hipócritamente, nó como Jesús que daba ejemplo de «ecuación entre las palabras y los actos.»

Acusados por Jesús de destruir la Ley de Dios con sustendenciosas explicaciones, no cejan en su propósito; perderían aquel predicamento conseguido entre el pueblo.

De ahí que fueran los Escribas de aquel tiempo los más encarnizados enemigos del naciente cristianismo, doctrina redentora de la humanidad.

En tanto tiempo del rodar del mundo, aún los fariseos viven en las modernas sociedades, aprovechando la incultura de los pueblos para ejercer hegemonías y lograr satisfacción a sus bastardas ambiciones.

«¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos, hipócritas, que cerrais el reino de los cielos a los hombres; porque ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a los que se extravían porque sois «Sepulcros blanqueados, los cuales, por fuera parecen hermosos a los hombres, más por dentro están llenos de huesos de muertos y todo género de podredumbre.»

Manuel Carrió.



PERDON

Al pié de tus altares, Madre mía, vengo a contarte mi profunda pena; yo fui el cruel que sin piedad te hería, yo, el que tu alma dejó de hieles llena.

Yo el loco incitador de los malvados que dieron a Jesús dolor profundo; yo el ciego que con mil y mil pecados abrí el costado al Salvador del mundo.

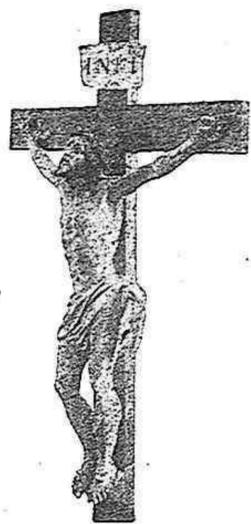
Yo el que lloro a tus pies arrepentido y la senda del mal desandar quiero; yo el que exhalo ante Ti triste gemido porque sólo el perdón con ansia espero.

Mi pluma que escribió dulces canciones la rompí por tu amor con mano airada... ¡ya no quiero zurzir mas ilusiones ni cantar al placer dulce tonada!

Postrado en un rincón del templo santo oíré narrar tus penas y dolores y de mi alma brotará ese llanto que alivia a los contritos pecadores.

Entonces volverás a mí tus ojos mas hermosos que el iris de bonanza y obtenido el perdón puesto de hinojos, renacerá en mi pecho la esperanza.

José Maciá, Pbro.



A Cristo en la Cruz

En la cruz estais colgado por salvarme, Cristo mío, paciente, como un cordero y morado, como un lirio. ¿Quién sois Vos que no os conozco, tan maltrecho y dolorido? ¿Sois, acaso, aquel pimpollo sonriente, tierno niño, que en Belén viniera al mundo entre pobres pañalicos? ¿Sois, por ventura, Aquel que derramó compasivo por los campos y ciudades sus tesoros infinitos? ¿Sois Aquel que entró triunfante entre las palmas y olivos de un pueblo que te aclamara Rey, Salvador y Ungido? Dime, dime, buen Jesús ¿quién te ha puesto así, Bien mío? Si el amor no me dijera que sois mi Dios y mi Cristo no os conociera, sin duda, pues que estais desconocido. ¿Quién ha sido tu verdugo? ¿quién el sacrilego ha sido que te ha clavado en la cruz como a infame y asesino?

A tus pies aquí me tienes avergonzado y rendido, a decir que he sido yó el canalla, el asesino que te ha puesto en el patíbulo tan vilmente mal herido. Yo soy la oveja perdida que al redil vuelve a tus silbos, asaz contrito, humilla-o, de mi culpa arrepentido. Perdona, Jesús de mi alma, mis pecados y extravíos y que tu sangre bendita lave todos mis delitos. Y ya que estoy junto a Tí llorando a tus pies heridos, morirme llorando quiero ¡matadme, Jesús divino!

M. CELDRÁN, Pbro.
Orihuela 15-IV-916.

¡Cruel sarcasmo!

REPROCEDAMOS diecinueve siglos, y con la imaginación, reconstruyamos en su último acto el trágico drama del Calvario! ¡Subamos al Gólgota, y y contemplemos con los ojos del alma, el espectáculo que ofrece! ¿Qué vemos en la cumbre? Tres cruces en que enclavados se hallan

los cuerpos de tres hombres, condenados al mas cruel e infamante suplicio: al de la cruz.

Al rededor de esas cruces, veremos tambien a un pueblo que ruge de ira y se agita con furor indescriptible, bajo la influencia del odio que siente hacia uno de los crucificados; hacia el del centro; y sorprendidos, nos preguntaremos el porqué de no odiar de igual manera a los otros dos, e interrogando a cualquiera de los circunstantes, nos contestarán: El crucificado de la derecha se llama Dimas; el de la izquierda, Gestas. Ambos son unos facinerosos que con sus fechorías han sido por largo tiempo el terror de Samaria, y por eso la Justicia humana les castiga de este modo.

Grandes en verdad han sido sus crímenes, pero no tienen comparación alguna con los cometidos por el crucificado del centro.

Escuchad: Este, diciendo ser Hijo de Dios, ha venido durante tres años predicando una nueva doctrina basada en el amor de Dios y la caridad con el prójimo. Ha dicho que debemos los hombres refrenar nuestras pasiones, hasta anularlas, antes que sucumbir como bestias al más grosero de los materialismos. Ha fustigado a los escribas y fariseos, hasta tal punto, que les ha llamado «sepulcros blanqueados», porque debajo del manto que oculta su hipocresía se esconde una verdadera sentina de crímenes y de vicios. Un día, arrojó del templo a los viles mercaderes que cínicamente le profanaban. Otro día, enseñó de modo inequívoco a las masas que subyugaba con mágica elocuencia lo que el hombre debía dar a Dios y lo que no debía negar al Cesar. Siempre en fin, predicó la caridad; el amor; y nó solo la predicó, sino que con su poder divino, la practicó dando milagrosamente de comer a más de cinco mil personas que le seguían ávidas de sus sublimes enseñanzas; resucitando a Lázaro; dando vista a los ciegos; sanando al criado de un Centurión, y obrando otros muchos y estupendos milagros que le atrajeron el odio de aquellos que, como los escribas y fariseos, no queriendo seguir su santa doctrina por hallarse subyugados por sus bajas pasiones, le juraron guerra a muerte; y en su odio satánico; le calumniaron; conspiraron contra él y seduciendo al pueblo judío, consiguieron amedrentar a Pilatos, genuino representante del respeto humano y de la más supina cobardía, hasta el extremo de arrancarle la sentencia conlenatoria contra el Justo entre los justos; contra el verdadero Hijo de Dios.

¡Horrible sarcasmo! ¡Incomprensible absurdo que prueba hasta qué

punto puede llegar la locura humana, cuando la criatura racional se deja arrastrar de las pasiones!

Y si nó tuvo ni tendrá jamás el pueblo deícida justificación alguna a su horrendo crimen, cual fué el inefable asesinato que perpetrara en la Persona del Hijo de Dios hecho hombre para redimir al hombre, ¿qué justificación tendrán ante el Tribunal de Dios tantos cristianos que se rebelan contra la doctrina de Cristo y escitan al pueblo a que borre la imagen de Aquel, de su corazón y de su mente? ¡Horroriza pensar en el terrible castigo que les aguarda en la eternidad!

Manuel Montero.

La Cruz

(Datos históricos)

El suplicio de Cruz fué el más terrible y doloroso de los antiguos suplicios. Es muy probable que su origen es persa, adoptado luego más tarde por griegos y romanos.

Cicerón, el rey de la elocuencia latina, lo llama el suplicio mayor de los esclavos.

Al contrario de lo que ordinariamente se cree, el madero del suplicio no era siempre igual.

Habia *cruz simple*: *cruz commissa*; *cruz aspada*, y *cruz immissa*, que era la ordinaria.

La simple tenia esta forma  era un palo clavado al que fijaban pies y manos. La *cruz commissa* estaba en forma de ; la aspada que también se llama de S. Andrés, porque en ella murió este apóstol, era una ; y finalmente la ordinaria  en

la que enclavaron a Jesucristo.

Los dolores de los crucificados eran agudísimos, pues taladraban a golpe de martillo las manos y los pies, se desgarraban las carnes, y al levantar el madero en alto se descoyuntaban los huesos.

Era costumbre entre las señoras de Jerusalem dar a los condenados a tal muerte un vaso de vino con miel o vino con mirra, breva je repugnante, pero que aletargaba los sentidos, aliviando los dolores. Jesucristo, gustó el breva je, pero no lo bebió; quiso apurar el caliz de la Pasión.

La altura de la Cruz de Cristo era, toda ella, de unos tres metros. Una parte metida en el hueco de una peña y cubierta de tierra apisonada, la otra levantada a lo alto.

La Cruz había de llevarla el reo al sitio del suplicio, e iban precedidos de prisioneros y de un cartel con la causa, y cuatro soldados. El cartel de Jesucristo decía en tres lenguas, hebrea, griega y latina: *Jesús Nazareno, Rey de los Judios.*

La lúgubre procesión recorría, de ordinario, para escarmiento de los pueblos, las calles más notables y concurridas: sin embargo a Ntro. Señor le llevaron por el camino más corto, porque temían su muerte.—tan acabado por los tormentos se hallaba—, y porque revelaban algún tumulto y alboroto de los amigos de Jesús.

La distancia recorrida fué la que existe desde la Torre Antonia, donde estaba el tribunal, hasta el Calvario: la distancia es de 600 a 700 metros.

El peso de la cruz era de unas 40 a 50 libras, tal que la pudiese llevar el reo; no obstante a Jesucristo tuvieron que buscarle ayuda en Simón de Cirene, por creer que moría antes de subir a la colina, y no querían privarse del gusto de ver suspendido en el horroroso patíbulo al Salvador del mundo.

Después de sepultado Jesucristo fué enterrado el sacrosanto madero con las otras cruces, y descubierto en el siglo III por la madre del Emperador Constantino, Sta. Elena. El suplicio de cruz lo suprimió dicho emperador en reverencia del signo de nuestra redención.

De la Cruz del Salvador restan hoy además de innumerables relicarios, tres considerables partes: Una en la Iglesia de Santa Cruz de Jerusalem, otra en Rusia y otra en S. Pedro en Roma.

Tal es a grandes trazos la historia del instrumento cruel en que quiso morir Aquel de quien dijo S. Pablo estas sencillas pero sublimes palabras que nunca agotará la meditación del hombre: *Me amó y se entregó a sí mismo por mí.* L. Almarcha, Pbro.

Contrición

Tú eres mi vida, Señor,
Tú eres mi Dios y mi todo
Tú me formaste del lodo
porque lo quiso tu amor.

Tú me hiciste superior
a las demás criaturas
y ciego yo en mis locuras
me aparté de Tí, Dios mío,
con el corazón más frío
que el hielo de las alturas.

Me sacaste de la nada
para que yo te sirviera
y mi alma te la diera
al terminar la jornada.

Mas con vida depravada
dí rienda a mis ilusiones
y con mis negras pasiones
perdí del cielo la luz,
hasta ponerte en la Cruz
clavado entre dos ladrones.

Te dejé en la Cruz clavado
sin moverme a compasion
hiriendo tu corazón
con la lanza del pecado.

María estaba a tu lado
y el golpe fiero sufrió
y la Cruz se estremeció
tratándome de deícida,
porque le quité la vida
al que por mí la perdió.

Yo recuerdo que he pecado
muchas veces contra Tí...
tambien recuerdo ¡ay de mí!
que mi culpa no he llorado.

Aquí me tienes postrado
y beso tus pies, Señor,
devolviéndote el honor
que te quité con el vicio
pues quiero hallarte propicio
el día de tu furor.

Hasta la muerte, señor,
he de seguir tus caminos
y mis torpes desatinos
los lloraré con dolor.

Quiero morir por tu amor
y morir en tu costado
y, aunque he sido yo el culpado
de la muerte que has sufrido,
con la sangre que has vertido
Tú lavarás mi pecado.

Vicente Araes



RÁPIDA

EN estos días grandemente solemnes de la Semana Santa acontece todos los años lo que no debiera ocurrir en pueblos que, como el nuestro, blasona, y no sin razón, de acendrado espíritu religioso.

Precisamente, en estos días en que la Iglesia pone a nuestra consideración los sagrados misterios de la Pasión y Muerte de nuestro divino Redentor, es cuando, los que nos preciamos de buenos católicos, hemos de aparecer como tales, para, con nuestro ejemplo, enseñar a las presentes y venideras generaciones.

Estamos tan empapados de la indiferencia letal de nuestro siglo que, sin darnos cuenta tal vez, vamos apagando lentamente el fuego santo de nuestras cristianas creencias.

Hoy acudimos a presenciar las procesiones, no con ánimo devoto de considerar y meditar lo que representan aquellas imágenes que, gráficamente, van desfilando ante nuestros ojos, sino que acudimos animados de un espíritu asaz bullanguero y muy poco piadoso, como si presenciáramos un espectáculo divertido y profano.

¡Cuán poco edificante y qué mal dice de religiosidad cuando se presencian escenas y bullas de animación mundanas, mas propias de la carne que del espíritu!

Y de este asunto no quiero hablar más claro.

El piadoso lector haga las consideraciones que crea convenientes y evite lo que en su mano esté. De otra manera, se corromperán las costumbres, se perderá el fervor religioso y más nos asemejaremos a aquellos judíos y malhechores que crucificaban a Cristo, que a aquellas almas buenas y piadosas que le seguían de cerca participando de sus tormentos.

MARIO.

Todos los trabajos que anteceden han sido escritos expresamente para este número extraordinario.

RECONOCIMIENTO

Nos complacemos en expresarlo muy sincero, a todos aquellos señores que han contribuido con sus trabajos literarios al esplendor de éste nuestro número extraordinario, correspondiendo con exquisita amabilidad, a la invitación que les hicimos, dejando noblemente a un lado toda idea política que de nosotros pueda separarles, y no atendiendo más, que al fin religioso a que se dedica dicho número cuyo espíritu, a todos nos une con solidaridad cristiana.

La Redacción.

A un nuevo misacantano

Recibo por correo un pliego, lo abro y veo que es una invitación al solemne acto de la primera misa que ha de celebrarse el día 23 del corriente — Dios mediante — el nuevo sacerdote Santiago María Payá y Pérez, en la villa de Elda.

Considerado el caso bajo el punto de vista natural, si se quiere, no tiene nada de extraordinario, es como la cosa más particular y usual; pero examinándolo cual es debido si tiene, y muy sabroso, digno de formular un pertinente comentario cual paso a analizar. En el curso del cumplimiento de rúbrica, en su atento B. L. M. se manifiesta que le apadrinarán en tan grandioso acto D. Manuel Payá Pertusa y Doña Josefa Pérez Maestrá, padres del celebrante. Y digo, yo ahora: esplendente, feliz disposición y plausible acuerdo, pues por quien sino por sus mismos padres deberá ser apadrinado el nuevo celebrante en tan imponente y majestuoso acto del culto católico. ¿En quién sino en los autores de sus días, en los que dirigieron sus pasos desde su niñez e infancia, encausándolos por el verdadero camino en la villa del Señor, en los que sacrificando sus intereses por dar al hijo amado digna carrera para ofrendarlo así mejor al servicio de Dios N. S. Rey de Cielos y Tierra, debe de recaer tan poética misión y con mayor y más legítimo derecho que en otro quidam alguno? Héchoime estas breves consideraciones que causaron en mi espíritu honda emoción, resultando de esta la producción de dulces lágrimas que brotando de mis ojos, rodando fueron por mis mejillas, siguiósemé espontáneamente una singular tristeza, motivada por el recuerdo de haber leído en otras ocasiones en la prensa periódica actos de la misma naturaleza, pero... ciertamente incomprensible y casi, casi denigrante, por la vanidad del siglo, pues por otros, en idéntico caso, se es-ogen a seres quizás sin pizca de fé religiosa, cuando no afectos a alguna logia masónica y militantes en la sexta Católico-liberal. Y por qué todo esto ¿no será por seguir el rumbo del mundo, por hacerse grandes ante los hombres? No hay en su familia — si los padres ya no viven — quien pueda llenar esa formalidad tradicional y litúrgica. ¿Para qué pues, escoger a Duques, Condes, Marqueses y madrinas Baronas, sino por darse tono? Olvidó ese tal nuevo ministro del Señor que pocos días antes hizo la renovación de las promesas del Santo bautismo y confirmación, ratificadas en su ordenación sacerdotal en que se detestan las pompas mundanales? Para

qué sirven, pues, las enseñanzas y decretos dimanantes de la Santa Sede? para para que sean solo un pagado postizo?

Qué contraste más grande el de la ejecución del de esa clase de apóstoles de la Santa Iglesia con el hermoso ejemplo que nos ofrece el muy simpático, en cuyo honor dedico este mi breve escrito!

Poco o nada valdrá mi modesta enhorabuena, sacerdote del Altísimo, pero desde lo mas hondo de mi corazón te la envío, así como a tus amadísimos padres por la dicha de apadrinarte.

Hago fervientes votos al cielo para que el Dispensador de todas las gracias y virtudes las derrame abundantemente sobre el corazón de su nuevo ministro, necesarias todas ellas para poder desempeñar a satisfacción del Donante el difícil y espinoso ministerio durante el paso por esta tierra de promisión.

Y ahora para terminar digo: que si no pecara yo en demasía porque estoy convencido que no necesita de mis humildes consejos el sacerdote homenajado, me atrevería a hacerle un *encarguito* pero por aquello de que por mucho pan nunca es mal año, allá vá y dígole: Santiago querido, cuando en los *Mementos* de tu primera y santa misa y al hacer descender del Trono donde sentado está a la diestra de Dios Padre Todopoderoso nuestro Redentor Jesús a tus sagradas manos, ten presente a tus ya difuntos abuelos y bisabuelos; ruega por tus padres, hermanos, tíos y demás parientes vivos y difuntos, por tantos hermanos nuestros en Ntro. Sr. Jesu-Cristo que sucumben en los campos de batalla; no olvides tampoco a esta mi familia que también te pertenece y admira tus virtudes; y, claro está, por santo egoísmo también te lo suplica para sí quien siente vehementemente no poder asistir al acto y que desde luego te saludamos, y contigo a todos vosotros, y recibiendo tú particularmente un abrazo de cordial afecto de tu admirador y tío y que besa tu sagrada mano.

Domingo Tortosa y Pertusa.
Barcelona a 16 de Abril 1916.

FELICITACIONES

Con motivo de celebrar mañana su fiesta onomástica, se las enviamos muy cordialísimas a las Señoras D.^a Soledad Bernicola de Penalva, D.^a Soledad Ureña de Montero, D.^a Soledad Llanes de Mira, D.^a Soledad Catalá y a las Señoritas Solita Perez Cabrero y Solita Penalva Bernicola.

Jueves Santo

En la Catedral.

A las ocho de mañana nuestro Rdo. Prelado celebrará de Pontifical, haciendo la consagración de los Oleos celebrándose a continuación solemne procesion claustral para depositar a Nuestro Señor en el Monumento, terminando los oficios con la ceremonia del «lavatorio de los pies» y sermón del «Mandato» a cargo del M. I. Sr. Magistral D. Francisco Iñesta.

Por la tarde a las cuatro, Mañines interpretando a Capilla de música de la Catedral los responsorios de Ravanello y el «Misere-re» a tres voces del maestro Ubeda.

Por la noche a las ocho, sermón de Pasión que predicará el Licdo. D. José Diaz, Canonigo.

NOTICIAS

Tenemos entendido que en la presente Semana Santa dejará de cumplirse la costumbre tradicional e inmemorial de conducir la veneranda Imagen de la Soledad, en la procesión del Santo Entierro, Abogados y militares, puesto que estos últimos no concurrirán para dicho fin, a pesar de haber sido invitados por el Excmo. Ayuntamiento.

Ante tal negativa, la comisión de festividades de nuestra corporación municipal, ha oficiado al Ilustre Colegio de Abogados para que nombre dos turnos de Pilares en vez de uno que antes elegía para turnar con el de oficiales del Ejército.

Aceptando el Colegio de abogados la nueva invitación, se encarga este de conducir durante toda la procesión, la efigie de la Soledad y concurrirá todo el cuerpo de abogados a la procesión, escoltando a la imagen de la Madre de Dios.

Si todo esto es cierto y además el que se acordará por el Ayuntamiento reconocer a la profesión de Letrado el derecho de conducir y acompañar el último paso de la procesión del Entierro, aplaudimos de todo corazón a los señores Abogados, al ilustre Colegio de ellos por ese acto de verdadero oriolanismo y acendrada piedad, como a la Corporación municipal si tal acuerdo toma.

El amor y el interés se demuestra con actos, no con palabras, y si los abogados demuestran su patriotismo, prestándose a un acto que beneficia a una de las principales manifestaciones oriolanas, hay que ratificarles y extenderles un privilegio inmemorial que siempre han merecido y honrado, cual buenos católicos y paisanos.

— Procedente de San Fernando, hemos tenido el gusto de saludar al alumno de Administración de la Armada y querido amigo nuestro, D. Pedro Pourtau García, que ha venido a pasar la presente Semana Santa con su distinguida familia.

También hemos tenido el gusto de estrechar la mano de nuestro estimado y distinguido amigo el médico militar D. Fernando Plaza Gómez.

Orihuela. Imp. de L. Popular